

# *Sociedad de masas e integración política en la Alemania de entreguerras*

JOSÉ RAMÓN DÍEZ ESPINOSA  
*Universidad de Valladolid*

## Resumen

El autor analiza los perfiles económicos, sociales y culturales del proceso de modernización de la Alemania de entreguerras y reflexiona sobre los sucesivos proyectos de integración política de la emergente sociedad de masas: república democrática de Weimar, autoritarismo presidencialista de Hindenburg y dictadura racial de la Comunidad Nacionalsocialista.

## Summary. Abstract: *Mass Society and political integration in interwar Germany*

This article provides an analysis of the economic, social and cultural aspects of Germany's modernization process between the two world wars and reflects upon the successive projects aimed at the political integration of its emerging mass society, namely, the Democratic Republic of Weimar, Hindenburg's presidentialist authoritarianism and the racial dictatorship of the Nazi Community.

La transformación de Alemania en una moderna sociedad de masas, proceso iniciado en el último tercio del siglo XIX, se consuma en las décadas de entreguerras.<sup>1</sup>

Fecha de recepción del original: 30 octubre 2006. Versión definitiva: marzo 2007

Dirección para correspondencia: c/ José M<sup>a</sup> Landrove, nº 22, 9º A. 47014, Valladolid; espinoso@fyl.uva.es

<sup>1</sup> El autor ha optado por suprimir el aparato crítico de esta reflexión para no sobrepasar la paginación recomendada por los responsables de la edición. A modo de sugerencia bibliográfica se incluye a continuación un elenco de obras generales sobre el proceso de modernización e integración política en la Alemania de entreguerras: L.E. Bieber, *La República de Weimar: génesis, desarrollo y fracaso de la primera experiencia republicana alemana*. Univ. Nacional de México. México, 2002; M. Burleigh, *El Tercer Reich: una nueva historia*. Taurus. Madrid, 2002; J.R. Díez Espinosa, *El desempleo de masas en la Gran Depresión: palabras, imágenes y sonidos*. Univ. de Valladolid. Valladolid, 2006; *El laberinto alemán. Democracias y Dictaduras (1918-2000)*. Univ. de Valladolid. Valladolid, 2002; *Sociedad y cultura en la República de Weimar. El fracaso de una ilusión*. Univ. de Valladolid. Valladolid, 1996; R.J. Evans, *La llegada del Tercer Reich: el ascenso de los nazis al poder*. Península. Barcelona, 2005; R. Gellately, *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*. Crítica. Barcelona, 2001; *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*. Paidós. Barcelona, 2004; D. Gessner, *Die Weimarer Republik*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt, 2002; S. Haffner, *Historia de un alemán: memorias 1914-1933*. Destino. Barcelona, 2003; *Anotaciones sobre Hitler*. Galaxia. Barcelona, 2002; *Alemania: Jeckyll y Hyde: el nazismo visto desde dentro*. Destino. Barcelona, 2005; I. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*. Península. Barcelona, 1999; *Hitler, 1936-1945*, Península. Barcelona, 2000; *La dictadura nazi: problemas y perspectivas de interpretación*. Siglo XXI. Buenos Aires, 2004; R. Marcowitz, *Die Weimarer Republik 1929-1933*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt, 2004; H. Möller, *La République de Weimar*. Tallandier. Paris, 2005; G.L. Mosse, *Nazi culture: intellectual, cultural and social life in the Third Reich*. University of Wisconsin Press, Madison, 2003; *La nacionalización de la masas: Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania*

Los propios berlineses que acudieron al *Taentzien-Palast* en septiembre de 1927 al estreno del documental cinematográfico de Walter Ruttmann *Berlín, sinfonía de una gran ciudad* pudieron apreciar la naturaleza e intensidad del cambio histórico. Las secuencias reflejan, en primer lugar, la aceleración del proceso de urbanización de la sociedad alemana durante los años veinte. Berlín alberga 4.300.000 habitantes y, por su superficie, se convierte en la tercera extensión metropolitana del mundo, después de Nueva York y Londres. Pero no es sólo el Gran Berlín. Con casi 20 millones de habitantes en sus metrópolis, Alemania ocupa el tercer puesto mundial en la escala de urbanización, sólo superada por Gran Bretaña y Austria. Tres de cada cuatro alemanes viven en núcleos urbanos y uno de cada tres lo hace en grandes ciudades o aglomeraciones superiores a los cien mil habitantes.

La obra de Walter Ruttmann ilustra, en segundo lugar, la tendencia económica de un proceso de industrialización marcado por el retroceso sostenido de la mano de obra empleada en la agricultura y selvicultura (por debajo del 30 por ciento) y por el crecimiento del empleo industrial (hasta el 43 por ciento) y del sector de los servicios (casi el 28 por ciento). Además, la marea del americanismo inunda también Alemania y, tras la reordenación monetaria, la afluencia de los capitales internacionales contribuye al progreso de la racionalización de la economía alemana con la penetración de prácticas como la mecanización, la estandarización de la producción, la organización más racional del trabajo en industrias u oficinas, y la concentración empresarial de la actividad industrial y bancaria. El consumo de masas sitúa a Alemania en una posición adelantada dentro del continente europeo: hacia 1932 hay 66 usuarios de la radiodifusión, 52 conexiones telefónicas y 8 vehículos particulares por cada 1000 habitantes, indicadores muy alejados de los de Estados Unidos (132, 165 y 183, respectivamente) pero superiores a la media europea (35, 20 y 7 respectivamente).

*Berlín, sinfonía de una gran ciudad* muestra, finalmente, las transformaciones socioculturales inherentes a los referidos procesos de industrialización y urbanización. El reparto del empleo presenta en estos años dos rasgos sobresalientes. Por un lado, el llamativo crecimiento de las nuevas clases medias de empleados y funcionarios, cuyos efectivos se duplican en estas décadas (los cuellos azules crecen sólo un 22 por ciento) a tenor de las exigencias administrativas de las grandes unidades de producción, la difusión de los grandes almacenes de distribución y venta de productos o la amplitud de las funciones burocráticas, asistenciales y económicas asumidas por el Estado. Por otro lado, las nuevas orientaciones que se perciben en la división del trabajo entre sexos: no sólo crece la proporción de mujeres asalariadas en el conjunto de la población femenina (35.6 por ciento en 1925) sino que sobre todo se modifica la función laboral de la mujer trabajadora por el descenso de los efectivos empleados en la agricultura o el servicio doméstico y el aumento de las

---

desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich. Marcial Pons. Madrid, 2005; A. Wirsching, *Die Weimarer Republik: Politik und Gesellschaft*. R. Oldenbourg. München, 2000.

mujeres empleadas en la industria o en el sector de servicios y funcionariado (aparición de nuevas profesiones “típicamente femeninas” como mecanógrafas, secretarías, vendedoras, asistentes sociales, etc.).

Los cambios se relacionan también con el desarrollo de las diversas posibilidades de la cultura de masas. Alemania se transforma en un “Estado del entretenimiento” con la espectacular marcha triunfal de viejos y nuevos medios de comunicación (teatro, música, prensa, radio, cinematógrafo) y con las múltiples formas de organización del tiempo libre. Las prácticas y las manifestaciones deportivas acaparan la atención de pequeños y mayores en las primeras horas de la tarde, tal como recoge *Berlín, sinfonía de una gran ciudad*: mientras los niños se dan un baño, participan en competiciones de sidecar o juegan al balón, los mayores disfrutan de una oferta más variada: barcos de vela, automóviles de carreras, marchas y competiciones atléticas, ciclismo, traineras, golf, tenis, equitación, hockey sobre hielo, carreras de caballos y de galgos, etc. Al anochecer, entre intermitentes y cambiantes letreros de neón, la célebre Kurfürstendamm y la zona oeste de Berlín son el escenario europeo por excelencia del mundo del ocio y del espectáculo: cadenas de restaurantes lujosos, económicos o “automáticos”, cinematógrafos, cabarets, revistas y variedades, veladas teatrales, atracciones sobre hielo, carreras en el velódromo o combates de boxeo, salones de baile, locales de juegos de azar, etc.

Pero esta Alemania en pleno proceso de transformación sufre a principios de los años treinta, al igual que los demás Estados industrializados, una profunda fractura de sus estructuras económicas y sociales en forma de descenso de la producción, quiebras industriales y bancarias, reducción de los salarios y de la jornada de trabajo, y, finalmente, desempleo masivo. El mercado laboral divide material y psicológicamente a la población alemana entre quienes conservan el empleo y quienes han perdido el puesto de trabajo. El parado –y todo su universo de privación material y de destrucción personal, de creciente marginación y exclusión– se convierte en el estereotipo social por excelencia de estos años. Así lo reflejan las estadísticas del desempleo en Alemania: 1.900.000 parados en 1929, 3.100.000 en 1930, 4.500.000 en 1931, 5.600.000 en 1932 (tras superar en la primavera la barrera de los 6.100.000 desocupados).

Se asiste ahora al desarrollo de una crisis política de singular envergadura con la quiebra del sistema democrático de posguerra y la instauración de la dictadura nacionalsocialista. Precisamente el discurso de mayor tradición y arraigo sobre la convulsión alemana se ha articulado sobre el cerrado parentesco entre la dimensión socio-económica y la dimensión política de la Depresión. La tesis, que ofrece una versión optimista de la república democrática en los años veinte, puede resumirse en los siguientes términos:

1) Superada la concurrencia de crisis internas y externas, políticas y económicas, que habían prolongado la posguerra alemana hasta 1924, se asiste a un cierto grado de normalización de la experiencia republicana y democrática en Alemania.

La referida estabilidad del régimen político presenta múltiples manifestaciones: a) en el plano político: arraigo de la democracia parlamentaria pluripartidista, a tenor del alto índice de movilización de los ciudadanos en los procesos electorales (participación superior al 75 por ciento), la regularidad de los procesos electorales y de la renovación de los representantes populares en el Reichstag, los parlamentos regionales y la Presidencia republicana; b) en el terreno económico: la estabilidad está favorecida por la entrada de capital extranjero, básicamente de Estados Unidos, y permite la recuperación de los índices de producción de la preguerra; c) en el ámbito sociocultural: Alemania olvida la tristeza de la posguerra, se americaniza y vive sus felices años veinte del mismo modo que el extraordinario desarrollo de la investigación, la experimentación y las manifestaciones estéticas –la llamada cultura de Weimar– exteriorizan la capacidad creativa alemana en un régimen de libertad; y d) a escala internacional: un nuevo talante preside las relaciones entre Alemania y la comunidad internacional con la solución del problema de las reparaciones, la reconciliación franco-alemana gracias a la estrecha colaboración entre los Ministros de Exteriores Briand y Stresemann –artífices de los Acuerdos de Locarno– y el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones.

2) En 1929 se inicia, por el contrario, un quinquenio traumático. La Depresión internacional presenta en Alemania una mayor intensidad por la peculiar dependencia de la economía nacional respecto de la inversión extranjera: si la entrada de capital exterior había facilitado la estabilidad entre 1924 y 1928, la retirada de los activos tuvo los efectos contrarios. La Depresión en forma de desempleo y miseria, bancarrota y ausencia de mercados exteriores, hace realidad lo que meses atrás sólo había sido producto de la imaginación de Robert Wiene: el doctor Caligari se reencarna en Hitler. Se forja aquí la clásica tesis de la autodestrucción o suicidio de la democracia alemana, según la cual un golpe de fortuna hizo de la Depresión el principal aliado del nacionalsocialismo: antes de la crisis, el partido nazi apenas supera la condición de grupúsculo en el Reichstag; durante la crisis, Hitler se convierte en el jefe del grupo parlamentario más poderoso de Alemania. La dinámica de la Depresión explica la radicalización de la sociedad alemana, la proliferación de los conflictos callejeros, el descrédito del sistema parlamentario y la búsqueda de soluciones alternativas. Basta observar la evolución acompañada del desempleo masivo y de la audiencia política del partido nazi: el paro llega a afectar al 33 por ciento de la población activa en 1931 –más del 45 por ciento en 1932–, el NSDAP obtiene 14 millones de votos (más del 37 por ciento de los sufragios). Alemanes desilusionados, de todas las capas sociales, abandonan en masa las opciones políticas tradicionales y dirigen sus preferencias hacia el partido nacionalsocialista. Hitler se convierte así en la última esperanza de los alemanes. La democracia ha engendrado su propio verdugo.

## El debate sobre la singularidad de la evolución histórica alemana

En las principales democracias occidentales –Gran Bretaña y Estados Unidos–, castigadas intensamente por la Depresión en sus estructuras productivas, la dimensión política de la crisis no desborda el marco jurídico-político vigente sino que se concreta, respectivamente, en la formación de un gobierno de Unión Nacional presidido por MacDonald que obtiene en las elecciones de octubre de 1931 una inmensa mayoría de los escaños parlamentarios, y en la derrota de los republicanos de Hoover (15.800.000 votos) ante los demócratas de Roosevelt (22.800.000 votos) en las elecciones de noviembre de 1932. En Alemania, por el contrario, la dimensión política de la crisis económica equivale a la quiebra de la democracia parlamentaria por la acción erosiva que –desde fuera y desde dentro del sistema– ponen en práctica, primero, los gobiernos presidenciales antiparlamentarios de 1930-1933 y, más tarde, la dictadura nacionalsocialista.

¿A qué responde esta singularidad alemana? La magnitud de la dimensión política de la Depresión en Alemania ha suscitado un debate político e historiográfico que, en ciertas ocasiones, ha insertado el relevo de la democracia parlamentaria por la dictadura nacionalsocialista en el marco más amplio de la evolución contemporánea de Alemania. El discurso de algunas de estas interpretaciones a largo plazo de la historia nacional, que presentan una visión pesimista de la democracia parlamentaria de entreguerras, se ajusta a un esquema similar de conceptos o categorías: a) la creencia en un supuesto modelo de evolución histórica propia; b) la ruptura o desviación de ese curso previsible; c) la existencia de una pesada carga a modo de pecado original que condiciona la historia inmediata de Alemania; d) la corrección final de la desviación y la superación del estigma histórico.

1) Así sucede con las tesis nacionalistas sobre un hipotético *deutsche Sonderweg* o especificidad alemana en el proceso de modernización (procesos de industrialización, urbanización y transformación sociocultural) entre 1870 y 1945. El discurso del *Sonderweg* sostiene que a) Alemania protagoniza desde el último tercio del siglo XIX un proceso de modernización asociado al Estado nacional autoritario germano-prusiano, proceso que es valorado positivamente hasta la catástrofe alemana de 1945 por su clara superioridad sobre la modernización de otros Estados occidentales –en especial, Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos– vinculada al Estado democrático o parlamentario; b) en este contexto, el régimen democrático de posguerra estaba condenado de antemano al fracaso en la medida en que las potencias vencedoras de la guerra imponen en Alemania una concepción del Estado y unas ideas políticas, unos valores y unas instituciones (democracia parlamentaria, Estado de partidos, etc.) que son ajenos por completo a la tradición e identidad nacionales. La democracia parlamentaria de Weimar representa, pues, una ruptura en la historia nacional, una experiencia “*undeutsch*” que carece de arraigo y vinculación en el Estado alemán unificado; c) a la suerte de pecado original que degrada la Alemania de posguerra se añade la predicción de la inevitable caída del régimen

democrático. El espectacular triunfo del movimiento nacionalsocialista en su lucha contra la decadencia nacional y contra los criminales de noviembre se encargaría de demostrar que la república parlamentaria sólo era un desafortunado paréntesis en la historia unitaria; d) Hitler se muestra como redentor o salvador de Alemania. El Reich nacionalsocialista despierta a Alemania del letargo y abatimiento republicanos al restaurar los valores infravalorados por la democracia y entroncar de nuevo el presente con el glorioso pasado.

La derrota en la Segunda Guerra Mundial modificará sustancialmente la valoración del *Sonderweg*: a) mientras la modernización de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos produce una evolución económica acompañada con una sociedad liberal y un sistema político democrático, el desarrollo histórico alemán se califica ahora como una fatal anomalía o desviación del modelo occidental de la modernización, que es responsable de la catástrofe del nacionalsocialismo; b) la perniciosa desviación arrancaría, según el nuevo discurso, del fracaso de la revolución burguesa en el siglo XIX y del mantenimiento preponderante de valores y comportamientos preindustriales y antidemocráticos entre la elite “feudo-aristocrática-burocrática-militar”: la aristocracia *junker*, el cuerpo de oficiales del ejército, los altos funcionarios y la judicatura o los aliados de la burguesía industrial y profesional “feudalizada”; c) durante la primera posguerra el desafío que representa la democratización y el ascenso obrero en la República de Weimar impulsa a las elites tradicionales a fomentar el avance del nacionalsocialismo y la implantación de la dictadura; d) de este modo, sólo tras la derrota del nacionalsocialismo y la erradicación de las supervivencias antidemocráticas entre 1945 y 1949 Alemania Occidental pudo alcanzar –concluye el argumento– la madurez de la modernización con la plenitud del desarrollo capitalista, de la sociedad abierta liberal y del sistema político parlamentario y democrático.

2) El planteamiento es similar en las tesis internacionalistas o comunistas sobre la imposición en Alemania de un Estado clasista de dominación burguesa cimentado sobre la traición a los intereses de la sociedad alemana. La argumentación retoma la imagen de un supuesto modelo de desarrollo histórico: a) en plena convulsión provocada por la Gran Guerra, las clases trabajadoras protagonizan una revolución destinada a transformar Alemania en un Estado socialista, prosiguiendo el camino emprendido en la Rusia soviética. La “sombra de Moscú” se concreta en la similitud de los procesos revolucionarios: aparición de consejos de obreros y soldados, presencia de una vanguardia del proletariado en forma de movimiento espartaquista, establecimiento de una dualidad de poderes, etc.; b) la desviación del curso histórico se produce por la alianza o pacto que sellan los dirigentes republicanos –en especial, la socialdemocracia– con las antiguas clases dominantes del Imperio para truncar la dinámica revolucionaria y abortar el triunfo del socialismo en Alemania; c) la alianza clasista hipoteca el futuro de la república y conduce al rechazo patológico de la sociedad alemana hacia la república parlamentaria; por una parte, las masas se sienten traicionadas y defraudadas; por otra parte, las clases dominantes consideran la república como un mal pasajero o provisional y aguardan la ocasión

propicia para asestarla el golpe definitivo: la crisis de 1929 brinda esta oportunidad y el movimiento nacionalsocialista es su instrumento.

Se desarrolla entonces de forma complementaria la tesis del asesinato de la república parlamentaria. La Depresión, síntoma de la decadencia del sistema capitalista y de su inminente colapso, repercute directamente en los intereses de la clase burguesa y agrava las dificultades para la obtención de beneficios bajo la democracia parlamentaria. La burguesía alemana financia el movimiento nacionalsocialista para destruir la democracia, maniatar el movimiento obrero e instaurar una dictadura que permita restaurar el nivel de beneficios capitalistas. En este discurso, Hitler es el instrumento elegido por la burguesía para mantener su dominación de clase y la dictadura nacionalsocialista una forma de castigo que se abate sobre Alemania por no haber emprendido a su debido tiempo la revolución socialista. Por último, d) la tesis recurre también a la supuesta superación de la desviación nacional o redención del estigma histórico: la lucha de las clases trabajadoras en su camino hacia el poder culmina con la fundación de la República Democrática Alemana en 1949. El Estado de obreros y campesinos corona con el éxito la marcha del pueblo alemán hacia su liberación de la dominación burguesa.

Las interpretaciones anteriores del fracaso de la experiencia democrática alemana presentan ciertos rasgos comunes. Todas ellas ofrecen la imagen de una República de Weimar condenada al fracaso de antemano por la fatídica presencia de fuerzas que actúan bien sobre la génesis de la democracia (tesis nacionalista e internacionalista), bien sobre su fase más conflictiva (efectos de la Depresión). Todas ellas relacionan la parálisis de la democracia con el ascenso del nacionalsocialismo de tal modo que la figura de Hitler se hace omnipresente en sus diversas variantes: Hitler como última esperanza de los desconsolados, Hitler como salvador de la tradición institucional alemana, Hitler como instrumento de castigo de las clases capitalistas, etc. Todas ellas, en fin, reducen los años de la República de Weimar prácticamente a la condición de antesala de la dictadura nacionalsocialista.

Quizás convenga modificar las luces que se proyectan sobre el escenario alemán y reivindicar la existencia de una historia propia, autónoma, de la República de Weimar, desprovista de fatalidades y pecados originales<sup>2</sup>. Las causas de la fallida integración democrática de la sociedad de masas no deben buscarse ni en la inadecuada génesis de la República de Weimar ni en los efectos traumáticos de la Depresión sino en el delicado entramado institucional y cultural de la democracia alemana en los años veinte.

---

<sup>2</sup> Un detenido análisis de los sucesivos proyectos de integración política de la sociedad de masas en J.R. Díez Espinosa, *El laberinto alemán. Democracias y Dictaduras (1918-2000)*, op. cit., pp. 15-121.

## Los problemas de la integración democrática de la sociedad de masas

En un contexto general europeo presidido por la desaparición de regímenes autoritarios y el triunfo de la democracia parlamentaria, Alemania es escenario en la primera posguerra de la sustitución del autoritarismo monárquico por una república democrática. Una coalición de socialdemócratas, católicos y liberales en el poder – la llamada coalición o ideología de Weimar– afronta el reto de la integración democrática de la sociedad de masas. Con el abrumador respaldo político de 23 millones de alemanes, es decir, el 76 por ciento de los votantes, el gobierno republicano persigue tres objetivos fundamentales: primero, la conversión de Alemania en una democracia parlamentaria con la afirmación de la soberanía del Reichstag, cuya legitimidad proviene del voto democrático universal de hombres y mujeres en las urnas; segundo, la búsqueda de la democracia social mediante la adopción de las oportunas reformas que concilien los intereses de los alemanes y permitan la integración de las diversas clases sociales en el Estado democrático-republicano; y tercero, la reconciliación y convivencia pacífica del Reich con las potencias europeas.

No obstante, el espíritu republicano de conciliación interna y de entendimiento con los vecinos europeos, lejos de consolidarse, dejaría muy pronto de inspirar la convivencia nacional. De la ansiada inclusión de lo excluido se pasa a la exclusión de casi todos. La historia de la experiencia republicana se reduce, precisamente, a una secuencia ininterrumpida de marginaciones respecto del ideario inicial forjado en Weimar. La cultura política de estos años se ha de caracterizar por el férreo enfrentamiento –no por el diálogo– de las opciones ideológicas y políticas presentes en Alemania y por la creciente exclusión –no por la integración– de la sociedad de masas en la democracia parlamentaria.

Para comprender la fallida factura de la república como institución y, sobre todo, como cultura de los ciudadanos hay que contemplar al menos cuatro problemas que impiden la integración democrática: primero, el conflicto ideológico que se dirime entre el ambiguo proyecto democrático inicial y la constelación de fuerzas antisistema (autoritarias y comunistas) que irrumpe en Alemania; segundo, el déficit democrático de las instituciones republicanas, ante el repliegue a la defensiva de las opciones democráticas y el progresivo avance de los partidos antirrepublicanos; tercero, la adversa situación económica, marcada por el precio de la derrota en la guerra y el coste de la paz, el caos de la posguerra y la conflictiva recuperación en la segunda mitad de la década; y cuarto, la precaria socialización de los valores republicanos en las creaciones culturales de vanguardia lo mismo que en las actividades relacionadas con la educación y el tiempo libre de los alemanes.

Precisamente el deficitario funcionamiento de la democracia parlamentaria con anterioridad a la crisis económica de 1929 y a la espectacular irrupción del nacionalsocialismo contribuye a reinterpretar la auténtica dimensión política de la Depre-



sión en Alemania: la célebre singularidad en los primeros años treinta no consistiría tanto en la quiebra de la democracia parlamentaria y la implantación de la dictadura como en el relevo de un discurso antidemocrático de corte autoritario tradicional (viraje autoritario del presidencialismo en 1930) por otro discurso también antidemocrático pero de talante dictatorial y modernizador (la Comunidad Nacionalsocialista desde 1933).

### **El conflicto ideológico: debilidad del ideario democrático e irrupción de las ideologías antisistema**

En la época dorada de las ilusiones antidemocráticas la ideología de Weimar se resiente de la débil cohesión del proyecto compartido por socialdemócratas, católicos y liberales. A la indefinición de la ideología democrática de Weimar contribuye en parte la fría acogida que los compañeros de viaje dispensan a la revolución popular y a la forma republicana (desde el escepticismo de católicos y liberales a la sorpresa de los propios socialdemócratas), pero, sobre todo, la escasa capacidad de sus portavoces para articular una *Weltanschauung* radicalmente homogénea. La defensa común de la democracia parlamentaria no puede ocultar las profundas discrepancias que suscita su concreción entre socialistas, católicos y demócratas, entre marxistas y liberales, entre ateos y católicos, entre defensores de la propiedad privada y de la socialización, entre partidarios del centralismo estatal y de la descentralización, etc.

La diversidad de los intereses representados en la ideología de Weimar se traduce en una compleja gestación del texto constitucional, símbolo del compromiso ideológico en el reconocimiento de los derechos y libertades pero también de la ambigüedad (la Constitución no crea un nuevo Estado, simplemente da al Reich la forma republicana) y de la indecisión política al postergar a un desarrollo normativo posterior la reglamentación de las principales reformas política y económicas (adecuación del funcionariado, administración de justicia e institución militar al orden democrático, reforma de las estructuras agrarias y de las relaciones industriales, etc.).

El proceso de institucionalización republicana y la acción de gobierno ponen en evidencia los límites de la convivencia entre católicos, demócratas y socialdemócratas. La cohesión de la ideología de Weimar se resiente de tempranas crisis internas relacionadas con la responsabilidad de la acción política. Uno tras otro, los tres pilares de la democracia alemana creen pagar un alto precio por su compromiso en el gobierno tripartito y abandonan temporalmente la dirección republicana. El primero en desmarcarse de sus compañeros de viaje es el Partido Demócrata, que se niega a ratificar la firma del Tratado de Paz, abandona el gabinete de Gustav Bauer hasta octubre de 1919 y vota en el Reichstag en contra de la coalición democrática. El Zentrum católico protagoniza la segunda deserción. Inmerso en la refundación programática, los católicos rechazan participar en el gabinete de Hermann Müller (marzo a junio de 1920) al tiempo que sufren la segregación de su sección en Ba-

viera, que se independiza como Partido Popular Bávaro, se declara abiertamente antirrepublicano, antisocialista y antiprusiano para alinearse desde entonces con las formaciones antisistema. Finalmente, el turno le corresponde al partido socialdemócrata que, tras las elecciones de 1920, desestima colaborar en el gabinete de Konstantin Fehrenbach y no encuentra mejor manera de consolidar la democracia parlamentaria que ocupando los bancos de la oposición.

Factor añadido, el valor simbólico del Teatro Nacional de Weimar como expresión del compromiso y de la cooperación nacional se ve pronto contrarrestado por otra referencia emblemática para la Alemania de posguerra, Versalles, pues la firma del Tratado de Paz se ha de convertir en una pesada losa para la convivencia democrática. A corto plazo, Versalles abre la primera crisis de gobierno con la desafección del Partido Demócrata. A medio plazo, Versalles se identifica con la discordia interna y la codicia internacional hasta oscurecer cualquier llamamiento a la conciliación nacional e internacional. Los demócratas republicanos serán incapaces de desmontar el mito de Versalles como traición perpetrada por los hombres de noviembre al ejército, según la célebre teoría de la puñalada por la espalda a la nación alemana.

La incapacidad, la ambigüedad y la indecisión que debilitan la ideología de Weimar acuñan una imagen por excelencia: la socialdemocracia, partido mayoritario en Alemania y pilar básico de la democracia parlamentaria. En oposición al socialismo radical, la socialdemocracia defiende desde los albores de la república que la legitimidad del poder descansa en el recurso al voto democrático depositado en las urnas y destinado a la elección de los representantes de la soberanía popular. En este contexto, el Reichstag actúa como centro neurálgico de la república y como punto de partida de la progresiva transformación socialista de Alemania. El discurso socialista apunta pues hacia una demoledora mayoría electoral que garantice la ruptura con el pasado y acelere el ritmo de la transformación pacífica de Alemania en un Estado socialista. Pero la praxis de la organización camina por otros derroteros que desvirtúan la acción política de la socialdemocracia. En fecha tan temprana como 1920 el congreso del SPD reconoce que la disposición del partido al consenso con el centro liberal-católico había sido excesivamente generosa, dada la mayoritaria audiencia electoral y la notable presencia social de la organización, de tal modo que la gestión socialista de los primeros gobiernos republicanos se había saldado con el elevado precio político de la decepción de las clases trabajadoras. Pero reconocer un error no significa necesariamente corregirlo. De ahí la trascendencia del fracaso de la socialdemocracia como principal partido de la democracia alemana. A lo largo de la década, el SPD mantiene un sorprendente comportamiento a mitad de camino entre la hegemonía y la impotencia. Hegemonía, porque elección tras elección el voto depositado en las urnas confirma al SPD como primer partido de Alemania y porque su complejo entramado asociativo tiende sus redes sobre los más diversos espacios de la sociabilidad republicana. Impotencia, porque los socialistas “siempre tienen mayoría en el Reichstag, pero no saben qué hacer con ella, no quieren nada, no saben nada, no pueden hacer nada.” El voto mayoritario y la presencia social no son sufi-

cientes para que el partido asuma la responsabilidad de gobierno; al contrario, el socialismo no encuentra mejor argumento para defender el sistema republicano que desentenderse del poder central y replegarse en los bancos de la oposición parlamentaria. Así se explica que entre 1919 y 1928 la socialdemocracia sólo ejerza el poder durante dos años y ocho meses, y permita que otras fuerzas minoritarias –pero, sobre todo, críticas del sistema– asuman el control de una república que no aceptan.

La ambigüedad, la indefinición y la pasividad erosionan la cohesión interna de la ideología de Weimar. Pero ésta no es la única fuente de descrédito del sistema de posguerra. Tan pronto como la república se apresta a encauzar los intereses y a resolver los conflictos sociales en el marco de la democracia, hace acto de presencia en Alemania la constelación básica de fuerzas que amenaza por partida doble el arraigo de la experiencia democrático-parlamentaria: por la izquierda, el comunismo internacional; por la derecha, el autoritarismo nacionalista. El comunismo internacional y el nacionalismo autoritario, en sus variantes conservadora y radical, irrumpen en la posguerra y se proclaman ideologías antisistema, alternativas superiores o réplicas del liberalismo democrático. Desde un principio una parte de la sociedad alemana se excluye voluntaria y prematuramente del modelo de convivencia republicana pues no está dispuesta a aceptar el nuevo orden estatal ni tampoco a luchar por la consecución de sus objetivos políticos dentro del marco constitucional.

Primero, la ideología comunista. La república alemana se ve privada ya en sus albores del apoyo del socialismo radical, que califica la vía parlamentaria como una traición de la socialdemocracia a la clase obrera alemana y aboga por el boicot en las elecciones a la Asamblea Constituyente. La *Weltanschauung* comunista, que poco tiene que ver con el concepto burgués –y escasamente revolucionario– de democracia y soberanía parlamentarias, apuesta por la dictadura del proletariado, es decir, “la democracia en el sentido socialista del término”. Durante toda la década de los veinte, el ideario comunista alemán, subordinado a las directrices de Moscú –purgas incluidas–, reitera su declaración de incompatibilidad con la república parlamentaria y trata de movilizar a las clases trabajadoras frente al Estado burgués hasta las últimas consecuencias.

Segundo, la ideología nacionalista. Prematuramente también, la derecha conservadora o radical protagoniza una segunda exclusión de un sistema que nace lastrado por la sucia revolución de 1918, la pérdida del referente monárquico –abdicación del emperador y de las dinastías en los Länder– y el Tratado de Versalles. La *Weltanschauung* nacionalista reniega de cualquier compromiso con una república que personifica la negación de la forma de cultura del Estado, la imposición de valores ajenos a la tradición, la debilidad exterior y la opresión extranjera. En los años veinte, la ideología nacionalista mantiene su pulso contra la república como negación de toda clase de autoridad, la democracia como ausencia de forma y principios, y el parlamentarismo como anarquía constitucional.

El enfrentamiento de estas ideologías antidemocráticas con el orden estatal transcurre por dos cauces, sucesivos a la vez que complementarios, que conducen a la neutralización del Parlamento, símbolo por excelencia del sistema republicano. Comunistas y nacionalistas recurren a una estrategia que combina la insurrección armada –el simple *putschismo*– con la labor de desgaste en el interior de las instituciones –el oportuno electoralismo–.

Con una fe ciega en el cumplimiento de la leyes de la Historia y en la inminente repetición en suelo alemán de la experiencia rusa, el partido comunista se lanza a la insurrección en 1921 y 1923 para precipitar el “octubre alemán” y reemplazar así la legalidad parlamentaria por la revolución proletaria. El proceso era imparable. La dictadura del proletariado llamaba a las puertas de Alemania y la suerte de Alemania sería la suerte de la humanidad entera. También la derecha nacionalista recurre al *putschismo*. En marzo de 1920 las llamadas unidades bálticas echan un pulso a la legalidad republicana. Desatendida la orden de desmovilización, las tropas dirigidas por el tándem Von Lüttwitz–Kapp protagonizan un *putsch* que depone durante unos días al gobierno republicano. Años después, el 9 de noviembre de 1923, quinto aniversario de la república, el austríaco Adolf Hitler trata de derribar el gobierno de los “criminales de noviembre”. Desde Munich reclama la formación de un gobierno de concentración nacional que ponga fin al infame régimen republicano y a la tiranía exterior, al tiempo que alienta una marcha sobre Berlín, la Babilonia pecadora.

El ataque desde fuera –*putschismo*– no agota, sin embargo, el repertorio de la confrontación ideológica. La izquierda comunista y la derecha nacionalista emprenden también una oportunista estrategia electoral que les permita socavar, esta vez desde dentro, el sistema democrático-parlamentario. La participación de la constelación de fuerzas antisistema en los procesos electorales y en el entramado institucional no significa necesariamente el reconocimiento de su legitimidad. Así sucede con los socialistas independientes; la suerte del proyecto inicial –la simbiosis del parlamentarismo y del movimiento consejista– se salda con el triunfo de la estrategia más radical y con la integración final de los independientes en la organización comunista. También los comunistas modifican su estrategia. De la autoexclusión inicial del juego parlamentario se pasa a la presencia en el Reichstag como instrumento político válido para la causa de la revolución proletaria. La superación del “izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo” no implica la aceptación de la legalidad republicana: el cartel electoral elegido para la propaganda comunista –*Vota Espartaco*– recoge la expresiva imagen de un gigantesco puño cerrado que aplasta los escaños del Reichstag y pone en fuga a los parlamentarios.

La participación institucional del partido popular (DVP) tampoco conlleva una modificación sustancial de su ideario. La formación que preside Gustav Stresemann se caracteriza por su declarada ambigüedad: por un parte, apuesta por tender puentes entre la vieja y la nueva Alemania; por otra, el partido se desmarca pronto de un proyecto republicano que carece del espíritu alemán y de los grandes ideales patrió-

ticos. La acción política del DVP persigue resucitar la vieja Alemania y arriar el estandarte rojo de una democracia internacionalista. Lo mismo sucede con el *partido nacional-alemán* (DNVP) cuyos dirigentes reducen a la mínima expresión su grado de complicidad con el orden de posguerra. Los nacionalistas no se han vendido a la democracia ni la participación política en el juego parlamentario supone el reconocimiento de la república. El nacionalismo alemán no renuncia al restablecimiento a medio plazo del Estado monárquico, el único conforme con el espíritu alemán. A las filas nacionalistas se suma desde 1920 la sección católica de Baviera (BVP), que se configura como grupo parlamentario independiente del Zentrum y trata de contener la marea prusiana y socialista que desata la República parlamentaria. Finalmente, el partido nacionalsocialista (NSDAP) cambia su estrategia tras la fallida intentona golpista y traslada el combate contra la república desde la calle al interior del Parlamento. El partido antiparlamentario de Hitler se transforma por necesidad constitucional en un partido parlamentario cuyo objetivo será destruir la democracia con la ayuda de la propia democracia, servirse de la legalidad constitucional para desmontar el sistema desde dentro.

### **El déficit democrático de las instituciones republicanas por el avance de las fuerzas autoritarias**

La confrontación entre la ideología democrática de Weimar y la doble amenaza que representan la izquierda comunista y la derecha autoritaria nacionalista deja su impronta en la dinámica política de la experiencia republicana. La influencia del conflicto ideológico es tan notoria en Alemania por la sencilla razón de que fuera de los partidos de la llamada “coalicción o ideología de Weimar” no existen proyectos democráticos alternativos que respeten el juego parlamentario o reconozcan la legitimidad de un Reichstag elegido mediante el voto popular. La singularidad de la democracia parlamentaria alemana consiste en que no son diferentes modos de articular o desarrollar el orden constitucional los que compiten en las urnas sino la suerte misma del sistema republicano, es decir, la pervivencia o destrucción desde dentro de la propia democracia.

En estas condiciones la fallida integración democrática de la sociedad de masas alemana responde también al déficit democrático del entramado institucional, a tenor del espectacular desgaste que sufren las fuerzas representativas de la ideología democrática de Weimar, en especial la socialdemocracia, y del mecánico avance de las formaciones políticas portavoces de las ideologías antisistema, sobre todo la derecha nacionalista. Sólo el descrédito de la democracia parlamentaria y el acusado viraje de la república hacia el conservadurismo antidemocrático permiten explicar la reaparición de los símbolos del pasado en el complejo institucional electo y no electo de la república en los años veinte.

Reclama la atención, en primer lugar, el sensible cambio de la composición política del Parlamento. La distribución de las opciones políticas en nada recuerda la imagen de la Asamblea Constituyente). Elección tras elección, los partidos de la ideología de Weimar pierden con estrépito su abrumadora mayoría durante la posguerra (del 76.1 por ciento en 1919 al 40-41 por ciento) y sólo remontan levemente el vuelo durante los años de prosperidad (48 por ciento en 1928). El repliegue de socialdemócratas, católicos y liberal-demócratas contrasta con el creciente respaldo popular de las opciones antidemocráticas que representan el partido comunista (en torno al 15 por ciento de los votos) y, sobre todo, las formaciones nacionalistas conservadoras (35-45 por ciento). El electoralismo de las fuerzas antisistema y la radicalización de los votantes, preferentemente hacia la derecha antirrepublicana, hacen factible que en los años veinte el Reichstag se divida a partes iguales entre los defensores y los detractores de la soberanía parlamentaria.

Los cambios en la fisonomía del Parlamento repercuten notablemente en la identidad y naturaleza del poder ejecutivo. Durante gran parte de la posguerra y de los años de prosperidad la inestabilidad y la menor complicidad del gobierno republicano con el sistema democrático representan una clara ruptura con respecto del gobierno inicial de la coalición de Weimar. En primer lugar, la búsqueda a través del pacto y las concesiones mutuas de mayorías parlamentarias que dieran estabilidad al ejecutivo —el pregonado espíritu de la coalición de Weimar—, deja de formar parte de las prioridades políticas. En los años veinte el ejecutivo se caracteriza, por el contrario, por una fragilidad y una inestabilidad que obedecen no tanto al fraccionamiento político supuestamente derivado del sistema de representación proporcional (en realidad, los resultados electorales de 1919 son similares a los alcanzados en 1912, regidos por el sistema de escrutinio uninominal) como a la rigidez de las reivindicaciones políticas y a la poca disposición de las fuerzas políticas a alcanzar compromisos de gobierno. La escasa capacidad para construir consensos dificulta no sólo la formación de gabinetes con amplio respaldo en el Reichstag sino también la existencia misma del ejecutivo, al depender la acción de gobierno de la tolerancia de algún grupo parlamentario (sean los socialdemócratas o los nacional-alemanes). La ausencia o la precariedad de los acuerdos determina que hasta 12 de los 16 gobiernos de la república carezcan de mayorías parlamentarias y que la duración media del conjunto de gabinetes no supere apenas los siete meses de vida.

Débiles e inestables, los gobiernos republicanos se caracterizan, además, por una menor fidelidad hacia el sistema republicano. La historia política de estos años ha legado a la posteridad entre otros mitos la imagen de la coalición de Weimar como arquetipo del gobierno democrático. Sin embargo, la presencia de esta coalición de partidos al frente del ejecutivo es la excepción a la regla en la interminable serie de gobiernos de la década, pues la coalición de Weimar apenas monopoliza el poder durante 22 meses entre 1920 y 1928. Como se ha señalado anteriormente, la socialdemocracia, formación política preferida por el votante alemán en las consultas electorales, opta por adueñarse de los escaños de la oposición durante casi toda

la posguerra y prosperidad. Privado el ejecutivo del principal baluarte del orden democrático, el gobierno republicano ofrece la paradójica imagen de unas coaliciones "burguesas", en las que intervienen hasta dos partidos antisistema (los populares de Stresemann y, en ocasiones, los católicos bávaros), o de "derechas", en las que participan hasta tres partidos antisistema (los populares, los católicos bávaros y los nacional-alemanes), que dejan fuera de la responsabilidad del gobierno a socialdemócratas y a socialdemócratas y liberal-demócratas, respectivamente.

La evolución de la Presidencia de la república es similar a la del gobierno, corroborando la marcha ascendente de la derecha nacionalista antisistema hacia el poder. La elección presidencial de 1925, a la muerte del socialdemócrata Ebert, resume la parálisis de la democracia parlamentaria y demuestra una vez más la correlación de fuerzas entre la ideología de Weimar y las alternativas antisistema. El presente democrático que representa Wilhelm Marx, el candidato propuesto por los partidos de la ideología de Weimar, sucumbe ante el la fuerza de los visionarios del futuro –el candidato comunista Ernst Thälmann– y los nostálgicos de pasadas glorias, movilizados en torno al candidato nacionalista, el legendario Paul von Hindenburg. No puede causar mayor sorpresa el relevo en la presidencia republicana de un antiguo talabartero por un mariscal; tampoco que las primeras medidas de Hindenburg propicien el impúdico retorno de los símbolos del pasado imperial a la Alemania republicana: la campaña a favor de la indemnización a las monarquías depuestas durante la revolución y el permiso para la utilización de la antigua enseña imperial –no la republicana– en ciertos actos oficiales (guerra de las banderas).

El prestigio de la causa republicana no es mayor entre las instituciones republicanas no electivas. La ya señalada timidez o ausencia de reformas propicia la casi automática incorporación de los funcionarios civiles y militares del régimen guillermino a la administración republicana. Por una parte, el ejército imperial se convierte en el defensor de un orden en el que no cree y al que atribuye la debilidad alemana en Versalles y tras Versalles. Muy pronto, la oficialidad desafía la legalidad republicana con el intento golpista de las unidades bálticas de Kapp en marzo de 1920. En general, la república será consentida pero no apreciada en los círculos militares; el ejército se comportará como un Estado dentro del Estado y se mantendrá independiente por encima de la democracia parlamentaria de partidos. Por otra parte, los mismos jueces del Imperio son los llamados a aplicar la nueva legalidad republicana. El singular comportamiento de los tribunales bajo la república se pondrá de manifiesto en los tres procesos judiciales más célebres de la década –los incoados contra la república soviética bávara de 1919, el *putsch* militar de Kapp de 1920 y el *putsch* de Hitler de 1923 en Munich– lo mismo que en la tolerancia con los asesinatos políticos y en la aplicación del delito de alta traición a personalidades tan relevantes del régimen republicano como el mismo presidente Ebert.

### **Los límites materiales de la integración democrática: la evolución económica condiciona la suerte de la democracia económica y la política social**

La evolución de las condiciones de vida y de trabajo de los alemanes durante los años veinte, lejos de contribuir al fortalecimiento del orden democrático, dificulta la socialización de los valores democráticos y abona el terreno para la difusión de las alternativas antisistema.

La república parlamentaria pone en marcha dos vastos programas de reformas para lograr la integración de la sociedad alemana en el Estado democrático. En primer lugar, las autoridades fomentan la cooperación entre las asociaciones empresariales y las organizaciones sindicales en el marco de la Comunidad Central de Trabajo (noviembre de 1918), a modo de Parlamento de la democracia económica de Alemania. El pacto institucional de colaboración entre el capital y el trabajo reconoce la propiedad privada y la representatividad de los sindicatos en las empresas al tiempo que introduce conquistas normativas como la jornada de ocho horas, la reglamentación mediante convenios de los salarios y las condiciones de trabajo, o el arbitraje obligatorio en los conflictos laborales. En segundo lugar, la república trata de ampliar las prestaciones de la legislación social del imperio a través de una política social de envergadura que contempla la asistencia a los damnificados de la guerra, la ayuda a la juventud, la asistencia al desempleo, la política de viviendas sociales, la mejora de la infraestructura educativa y sanitaria, o la regulación definitiva del seguro de desempleo en 1927.

Sin embargo, el deterioro de las condiciones económicas durante la experiencia republicana amenaza la suerte de las reformas laborales al estrechar los márgenes de maniobra en los conflictos de distribución lo mismo que la realización de los programas de bienestar al poner de manifiesto las contradicciones de la política social del estado. El efecto acumulado de una posguerra de inflación, una prosperidad modesta y conflictiva, y una Depresión traumática contribuye a la pérdida de legitimidad de la república.

El aprendizaje de la democracia parlamentaria no pudo tener peor compañera que la miseria material de una posguerra que se prolongaría hasta 1924. Como país beligerante, la Alemania republicana afronta el legado común de las pérdidas humanas y de las destrucciones materiales. Como país derrotado por excelencia, la Alemania republicana recibe por herencia imperial el alto precio político, económico y psicológico que suponen no sólo las amputaciones territoriales establecidas por los vencedores en Versalles sino también las reparaciones reclamadas en concepto de indemnización. La carga –ya de por sí elevada– se hace aún más onerosa por el recurso al déficit como sistema de financiación elegido en 1914 por las autoridades imperiales para costear la guerra y no alterado desde 1918 por los dirigentes republicanos para sufragar las tareas propias de la reconstrucción económica y social. Así pues, la posguerra alemana presenta rasgos comunes de la posguerra europea



(incertidumbres vitales de los damnificados de la guerra, carencias alimenticias y sanitarias, desempleo, etc.) pero también elementos privativos derivados de una política presupuestaria que conducirá a la bancarrota económica.

Al concluir la guerra el déficit público se había multiplicado por seis, la masa monetaria en circulación por cinco mientras había descendido drásticamente el nivel de reservas. No obstante, razones políticas mueven a los gobiernos republicanos a financiar el creciente gasto de la reconstrucción y de la protección social (desmovilización, recuperación del aparato productivo, pago de pensiones y subsidios sociales, política de empleo, reparaciones, etc.) a través del endeudamiento y, en menor medida, la vía impositiva. La estrategia inflacionista de dinero fácil evitaba a la población derrotada y empobrecida el esfuerzo añadido de la subida de impuestos, permitía a las autoridades afrontar las conquistas sociales y a los empresarios repercutir los costes sobre los precios. La espiral de precios y la pérdida de valor del papel moneda ilustran la bancarrota republicana: el marco reduce su valor a la mitad en 1918, a la cuarta parte en 1919, a la décima parte en 1920 y a la centésima parte en 1922. Ahora, el cambio de actitud del gobierno republicano hacia el problema de las reparaciones —el paso de la política de ejecución a la política de resistencia a Versalles— abre para Alemania las puertas del infierno. Durante los meses en que ninguna mano trabajaba y ninguna chimenea echaba humo el recurso frenético a la máquina de imprimir billetes transforma la inflación en hiperinflación. En su caída libre el desplome del marco simboliza no sólo el hundimiento del sistema monetario sino también el descrédito político de una república incapaz de preservar el valor del ahorro y del trabajo.

La década de inflación (1914-1923) arroja un discriminado balance social. Entre los beneficiarios, los industriales que han disfrutado de créditos baratos y del éxito de unas exportaciones estimuladas por la depreciación monetaria, los agricultores y los titulares de deudas hipotecarias o de divisas extranjeras; entre los grandes perjudicados, las clases medias rentistas, los dueños de alquileres y los ahorradores, los jubilados y los pensionistas, los funcionarios y los empleados, y, en general, los asalariados, si bien la favorable evolución del mercado laboral hasta 1922 mitiga la reducción de la capacidad adquisitiva. Ahorros, rentas y salarios pasan la posguerra a la intemperie.

Las labores de reordenación del sistema monetario y la confianza internacional en la recuperación económica de Alemania —arreglo de las reparaciones mediante el Plan Dawes y afluencia masiva del capital internacional en forma de préstamos e inversiones— permiten el tránsito de la posguerra a los años de normalización de la vida republicana. Durante la etapa de prosperidad sobresalen los perfiles de una sociedad de masas invadida por el americanismo, pero la estabilidad es superficial y encierra serios conflictos de distribución de la renta nacional que limitan la eficacia del modelo productivo americano y convierten en papel mojado el gran pacto institucional de posguerra suscrito entre las organizaciones empresariales y los sindicatos.

Con la ayuda de los gobiernos conservadores (la socialdemocracia permanece en la oposición hasta 1928) la burguesía procede a la imposición de sus intereses económicos. El modelo productivo basado en la racionalización de la producción genera muy diversas interpretaciones. Mientras Fritz Lang proyecta en *Metropolis* su visión del progreso técnico, las organizaciones sindicales y la socialdemocracia asocian el incremento de la productividad a las mejoras salariales, a la reducción de la jornada de trabajo y a la ampliación de los programas sociales (capitalismo organizado). Por su parte, los empresarios –sobre todo, en la industria pesada– conciben la racionalización como instrumento del cambio de la correlación de fuerzas y tratan de modificar los acuerdos de la Comunidad Central de Trabajo haciendo recaer el peso de la racionalización sobre las espaldas de los asalariados. La presión empresarial y la retirada de los sindicatos socialistas del organismo unitario ponen fin a la colaboración entre el capital y el trabajo.

El triunfo de los empresarios y el repliegue a la defensiva del trabajo organizado marcan un claro viraje en la proyectada integración material de la sociedad alemana en el orden republicano: a) la racionalización reduce el empleo: la pérdida de competitividad de los sectores tradicionales y los procesos ahorradores de mano de obra de las nuevas industrias elevan la tasa promedio de desempleo por encima del 10 por ciento (alcanza su nivel más alto en 1926 con el 18 por ciento, es decir, más de dos millones de desempleados; b) la recuperación se basa en prolongación de la semana laboral más allá de las cuarenta y ocho horas reconocidas en la posguerra: el trabajo en la industria promedia 50.4 horas en 1924 y aún 48.9 horas en 1928; c) la inversión del signo de la conflictividad industrial con la caída del movimiento huelguístico (las jornadas de trabajo perdidas desciende a 37.100.000) y el aumento de los cierres patronales en pro del recorte salarial o de la prolongación de la jornada de trabajo (43.900.000 jornadas de trabajo); d) el menor protagonismo del convenio colectivo en la regulación de salarios y condiciones de trabajo: el número de convenios suscritos, las empresas y las plantillas afectadas descienden un 33, 10 y 25 por ciento, respectivamente; e) el incumplimiento del arbitraje obligatorio: el conflicto metalúrgico de la Ruhr en 1928 se salda con el rechazo empresarial del dictamen del arbitraje obligatorio y el despido de 220.000 obreros durante cuatro semanas; f) el declive del sindicalismo con la acusada pérdida de afiliación en las tres grandes secciones del trabajo organizado: sólo en los Sindicatos Libres socialistas, de 7.100.000 a 4.600.000 afiliados entre 1923 y 1928.

La conflictividad de estos años se agrava por el escaso margen de maniobra que permite el modesto crecimiento económico. Por una parte, la producción alemana se resiente de a) la lenta recuperación de la producción industrial, que en 1925 sólo alcanza el 95 por ciento del nivel de preguerra y hasta 1928 no lo supera; b) la crisis permanente de la producción agrícola por el efecto combinado de la caída de los precios y el aumento de las deudas; la rentabilidad de las explotaciones y el nivel de vida de los agricultores disminuye: 30 por ciento de la población y sólo 16 por ciento de la renta nacional; c) la incapacidad del aparato productivo para absor-

ber el mercado de trabajo, según refleja la elevada tasa de desempleo. Por otra parte, la salida al mercado de la producción está comprometida por a) el descenso de la participación de las exportaciones alemanas en el comercio mundial (del 13.2 por ciento de la preguerra al 9.1 por ciento en 1927-1929); b) el bloqueo del consumo nacional (incluso la fabricación de bienes de consumo desciende un 3 por ciento entre 1927 y 1928) por la tardía recuperación –año 1928– de los niveles salariales de preguerra, la envergadura del desempleo y la pérdida de capacidad adquisitiva de los agricultores.

También la eficacia de la política social está limitada por la evolución económica. En julio de 1927 el Reichstag aprueba la ley sobre seguro de desempleo, que regula definitivamente el alcance de las prestaciones y los beneficiarios. Financiado sobre la base de la cotización del 3 por ciento de los salarios –dispensado a partes iguales por empresarios y trabajadores–, el seguro proporciona la protección social a 700.000 alemanes cuando el desempleo afecta a un promedio de 1.348.000 alemanes en los años 1927-1928 y 1.899.000 en 1929. Las contradicciones de la política social serán aún más graves con el estallido de la crisis económica: cuando el desempleo se haya multiplicado por tres y la protección social sea una urgente necesidad, los gobiernos presidenciales pondrán en marcha una política deflacionaria y reducirán las prestaciones.

### **Las contradicciones de la “cultura de Weimar”: modernidad y antirrepublicanismo en la cultura de élites y de masas**

A la imagen de miseria política o económica que ha legado a la posteridad la República de Weimar se ha contrapuesto generalmente la imagen triunfal de sus manifestaciones artísticas e intelectuales. Sin embargo, la afamada cultura de Weimar también participa de las contradicciones de la democracia alemana.

La actividad cultural se caracteriza, por una parte, por un florecimiento sin parangón en la Europa de los años veinte. La democracia parlamentaria es el marco político en que se desarrolla un amplio abanico de realizaciones culturales, desde la experimentación científica (física, matemáticas, química, medicina) y las humanidades (historia del arte, filosofía, sicología) hasta el despliegue de las vanguardias artísticas (poesía, prosa, teatro, pintura), etc. La capacidad creativa alemana se extiende también a las diversas posibilidades de la cultura de masas en la era democrática. La república alemana se transforma en un “Estado del entretenimiento” con la espectacular difusión de viejos y nuevos medios de comunicación (teatro, música, prensa, radio y cinematógrafo). Algunas cifras revelan la pujanza de la industria del entretenimiento: 5.200 salas de cinematógrafo (30 asientos por cada 1.000 habitantes), 4 millones de receptores de radio en 1932 (en las grandes ciudades, casi la mitad de los hogares poseen un aparato), miles de publicaciones destinadas a mujeres, niños, jóvenes, aficionados a la pintura, amantes de la fotografía, la velocidad y

los automóviles (sólo en la capital se editan 145 diarios y un total de 2.633 periódicos y publicaciones hacia 1928).

Pero la cultura alemana no es ajena, por otra parte, al enfrentamiento ideológico y político que desgarró la convivencia democrática. Al amparo de la libertad que concede el orden parlamentario de posguerra, ni la cultura de élites ni la cultura de masas hacen gala de un marcado compromiso con los valores de la democracia parlamentaria. Al contrario, desde ambientes muy diversos se ejerce una crítica sistemática que contribuye a minar el prestigio y legitimidad de la república entre los alemanes; sólo tardíamente –por regla general en el exilio– buena parte de las voces críticas reconocería la validez de un sistema que cuando menos garantizaba unas condiciones básicas para la actividad artística o intelectual. De ahí que la cultura de Weimar no haya sido tanto una cultura de la república como una cultura alemana en la época de la república.

Si los diferentes niveles educativos –desde la escuela primaria a la formación universitaria– ofrecen llamativos ejemplos del controvertido arraigo del orden republicano, la prestigiosa comunidad científica e intelectual compendia la discutible aceptación de la realidad de posguerra. La intelectualidad comunista que deposita sus esperanzas en la Rusia soviética y la intelectualidad conservadora que aglutina la denominada “Revolución Conservadora” hacen de los pilares del sistema republicano el centro de su demoledora crítica: historiadores y juristas que descalifican el régimen político y pregonan soluciones presidenciales y extraparlamentarias; físicos y matemáticos que reniegan de la razón como instrumento epistemológico y someten sus disciplinas al dominio de la intuición y el azar; escritores y comentaristas que denuncian el dominio de los valores extranjeros y defienden a ultranza la permanencia de la especificidad alemana, el *Sonderweg*, etc.

La limitada socialización de los valores democráticos se aprecia también en las manifestaciones de la cultura de masas. El ingente potencial de la infraestructura industrial del entretenimiento actúa como vehículo de la participación y movilización política de las masas, al tiempo que contribuye a crispar el tono de la convivencia y acentúa los antagonismos sociales. El disfrute del tiempo libre cumple una función privilegiada en el proceso de formación y educación política de los ciudadanos. La ideología democrática de Weimar y, sobre todo, las ideologías antisistema aprovechan cualquier oportunidad para politizar las áreas del ocio y entretenimiento colectivos. Se desarrolla un deporte obrero que combate el sentimiento de sumisión e inferioridad. Las corales obreras, la comedia musical y el cabaret se emplean como armas arrojadas contra los valores de la decadente civilización burguesa. Del teatro emana un mensaje nacionalista, básicamente anti-francés, o de lucha de clases en el caso de Piscator. La lectura cumple su cometido ideológico a través de bibliotecas populares, editoriales socialistas y grupos de prensa comunista (Münzenberg) y nacionalista (Hugenberg). La recién creada radiodifusión alemana cae bajo las redes del enfrentamiento ideológico y la fundación de asociaciones

(Liga Alemana de Radio Obrera, Liga Radiofónica Libre) o la compra de espacios propagandísticos en las emisoras de radio promueven la defensa del ideario propio y la exclusión del ideario ajeno. El cinematógrafo es el entretenimiento preferido de los alemanes y precisamente por ello el instrumento más poderoso en la difusión del credo antiparlamentario nacionalista desde la UFA, controlada por el prusiano conservador Alfred Hugenberg, o de los ideales antiparlamentarios internacionalistas desde los organismos de producción y distribución del partido comunista.

La Alemania republicana es escenario, finalmente, de las prácticas más sofisticadas en la organización del tiempo libre destinada a la defensa de la ideología propia y el combate de las contrarias: las asociaciones paramilitares. Cada uno de los grandes partidos políticos alemanes funda en la década de los veinte su respectiva asociación de defensa y dispone así del brazo militar que rivaliza por el control de las calles. Síntoma del proceso de movilización anti/extra parlamentaria de la vida política republicana, la presencia de los Cascos de Acero nacional-alemanes, las Secciones de Asalto nacionalsocialistas, el Frente Rojo comunista y la Bandera del Reich negra, roja y oro de inspiración socialdemócrata exterioriza en forma de marchas, cánticos y emblemas el repudio y la defensa de la legalidad democrática.

### **Quiebra de la integración democrática y puesta en práctica de soluciones autoritarias y dictatoriales**

La confrontación ideológica, el déficit democrático del entramado institucional así como los problemas socioeconómicos limitan el grado de integración democrática de la sociedad alemana. Sobre el discutido orden republicano actúa con virulencia la Depresión posterior a 1929. Los indicadores económicos reflejan la magnitud de la crisis social y económica: descenso de la producción de bienes de equipo (valor 100 en 1928 y 46 en 1932) y de bienes de consumo (valor 74), pérdida de la capacidad adquisitiva de los salarios (valor 87) y, sobre todo, descenso general a los infiernos por un desempleo masivo (29.9 por ciento en 1932) insuficientemente contrarrestado por el sistema de protección social (seguro de desempleo, ayuda asistencial y municipal). Frente a la Depresión la cultura política republicana se ajusta en estos años a un singular esquema de permanencias y de cambios que permite reinterpretar el proceso de transformación antidemocrática del poder a través de la secuencia ininterrumpida de gestión democrático-parlamentaria, autoritarismo presidencial y dictadura nacionalsocialista.

1) El fracaso de la gestión democrático-parlamentaria de la Depresión. La gestión política de la Depresión corre a cargo en principio de una Gran Coalición, que desde 1928 asume el gobierno con la presencia de los tres partidos de la ideología de Weimar (SPD, DDP y ZP) y el partido popular de Stresemann (DVP). La gran novedad de este gabinete proviene del retorno de la socialdemocracia a las responsabilidades del gobierno nacional tras su pertinaz presencia entre la oposición desde

1923. Pero aquí se terminan los cambios. Pese al regreso al poder de los partidos de la ideología de Weimar, la respuesta democrático-parlamentaria a la crisis económica transcurre por los mismos cauces del fallido lenguaje político empleado durante los años veinte. Aún más, la crisis agudiza el enfrentamiento ideológico crónico desde la fundación republicana y realza las debilidades y los atractivos de las tres concepciones enfrentadas.

La ideología de Weimar, artífice del gobierno de Gran Coalición de Hermann Müller, presidente de la socialdemocracia, da pruebas una vez más de la escasa capacidad de compromiso para gestionar en términos solidarios la crisis económica y social. Con la insuficiencia del seguro de desempleo y su necesaria adecuación a la nueva realidad social como campo de batalla, cada partido concibe a los demás socios en el gobierno como enemigos y no como aliados; cada partido ofrece una forma de gestionar la Depresión que se eleva a la categoría de dogma y se justifica como conquista irrenunciable de sus representados. La clave consiste en hacer recaer el peso de la financiación de la crisis sobre las espaldas del electorado ajeno. En un extremo de la coalición, el partido popular, convertido en mero portavoz de los intereses empresariales de la industria, pretende superar la crisis con medidas que favorecen la formación de nuevos capitales (reducción salarial, incentivos fiscales para la industria, disminución de las cargas sociales, etc.). En el otro extremo, la socialdemocracia, presionada por los sindicatos, trata de evitar cualquier reforma que reduzca las prestaciones y afecte en exceso a las clases más necesitadas; de ahí su propuesta de aumentar las cotizaciones del seguro de desempleo y remediar la escasez de fondos disponibles.

Las fricciones en el gobierno de Gran Coalición no son más que el reflejo de las crisis internas que provoca la Depresión en las organizaciones de los partidos coaligados en el poder. Primero, la muerte de Gustav Stresemann afloja el compromiso de los populares con la ideología de Weimar y precipita el alineamiento con la derecha autoritaria. Segundo, la renovación en la dirección del partido católico impone un cambio de rumbo en la misma dirección al triunfar las tesis contrarias a la negociación con los socialistas y partidarias del entendimiento con la derecha nacional. Tercero, la socialdemocracia se debate de nuevo entre la retórica de las promesas electorales y la praxis del gobierno de coalición. Las tensiones y contradicciones entre el partido socialdemócrata presidido por Hermann Müller y el gobierno de coalición presidido por el socialdemócrata Hermann Müller se cierran en falso en marzo de 1930 con la retirada de la confianza socialdemócrata a su propio presidente de partido y canciller del gobierno.

La crisis de la Gran Coalición muestra la debilidad de la ideología de Weimar y acrecienta el atractivo de las alternativas antisistema. La ideología comunista refuerza sus argumentos contra la república parlamentaria y arremete especialmente contra la socialdemocracia. Por estas fechas, cuando el fascismo amenaza con difundirse por Europa, la Internacional Comunista eleva a la categoría de dogma la

tesis del socialfascismo, según la cual el fascismo y la socialdemocracia son sendos instrumentos de la dictadura del gran capital. El SPD representaba el mayor obstáculo en la lucha revolucionaria del pueblo alemán por la liberación; por ello, el éxito del partido comunista en su lucha contra el fascismo y contra el sistema capitalista pasaba por la destrucción previa de su más peligroso enemigo entre la clase trabajadora. El comunismo alemán, dirigido por Thälmann, pone en práctica desde entonces la táctica de la lucha “clase contra clase” y condena cualquier tipo de colaboración con la socialdemocracia. Los resultados electorales de 1930 y 1932 confirmaban, según el Comité Central del partido, el acierto de la estrategia contra el socialfascismo pues el KPD había logrado penetrar en las masas obreras de la socialdemocracia, había abierto una brecha en las masas de obreros católicos y había conquistado importantes masas de obreros nacionalsocialistas.

También los nacionalistas cubren ciudades y campos de Alemania con mallas de redes bien elaboradas y trabadas. Los portavoces de la ideología nacionalista multiplican sus ataques hacia un régimen que se identifica con la opresión extranjera. La derecha alemana organiza una amplia campaña de oposición contra el gobierno republicano para denunciar el Plan Young, elaborado por Francia y Gran Bretaña para regular de manera definitiva el problema de las reparaciones de guerra. La rúbrica del Plan Young por el gobierno republicano sellaría un nuevo acto de servidumbre alemana hacia la codicia occidental, razón por la cual la derecha nacionalista se moviliza en torno al Bloque o Frente Nacional Unido en pro de la anulación del Tratado de Versalles. Fruto de la colaboración en el Frente Nacional, partidos y asociaciones se comprometen en el “Manifiesto de Harzburg” en la lucha contra el sistema republicano y la debilidad de la política exterior.

2) El autoritarismo presidencial durante la Depresión. En plena confrontación ideológica y crisis social la dimisión de Hermann Müller el 27 de marzo de 1930 como canciller de la Gran Coalición marca la cesura fundamental en la historia propia, autónoma, de la República de Weimar. La caída de Müller representa, a la postre, el fin de la democracia parlamentaria en Alemania.

Conviene aclarar, sin embargo, el alcance de la ruptura política. La trascendencia de la crisis de la Gran Coalición no estriba —como tantas veces se ha argumentado— en que el canciller Müller encabezara el último gobierno con una mayoría parlamentaria de la democracia alemana y que los posteriores gabinetes (Brüning, von Papen, von Schleicher y Hitler) necesitaran, al carecer de suficiente respaldo parlamentario, el apoyo exterior de algún grupo parlamentario en forma de tolerancia. No es éste el problema pues, como ha habido ocasión de comprobar, si alguna práctica caracteriza la corta historia del parlamentarismo democrático ésa ha sido precisamente la frecuencia de los gobiernos minoritarios consentidos por el Parlamento; el apoyo o la tolerancia que brinda la socialdemocracia desde los escaños de la oposición entre 1930 y 1932 —la consideración de Brüning como “mal menor”— no supone por tanto mayor novedad en la cultura política republicana.

La auténtica transformación política consiste en que el sistema parlamentario –tal como fue concebido por los fundadores de la república– deja de tener vigencia desde marzo de 1930. Con la designación de Brüning como canciller por el Presidente Hindenburg se pone en marcha un proceso de radicalización política que persigue el deliberado desmantelamiento del orden democrático de posguerra y su sustitución por un régimen presidencial autoritario. El viraje –que cuenta con la conformidad de las antiguas elites de la administración civil y militar, la industria pesada y los grandes propietarios– se inicia simbólicamente con la aprobación por decreto-ley de la legislación presupuestaria y la disolución del Reichstag en el verano, es decir, dos años antes de que la Cámara finalizara su legislatura. La gravedad de la ruptura es tanto mayor si se tiene en cuenta que por entonces el partido nacionalsocialista de Hitler era aún un actor secundario en la escena parlamentaria nacional con una docena de diputados en el Reichstag y el 2.6 por ciento del voto emitido en las pasadas elecciones de 1928.

Entre 1930 y 1933 los sucesivos gobiernos presidencialistas de Brüning, Von Papen y Von Schleicher consiguen desplazar la legitimidad del poder republicano desde el Reichstag a la Presidencia de la república. El recurso sistemático a los artículos 48 y 25 de la Constitución neutraliza al Parlamento, desprovisto en adelante de sus funciones legislativas y de control político. Así pues, la dimensión política de la Depresión alemana entre 1929 y 1933 se caracteriza, entre otros rasgos, por la designación arbitraria del canciller por el Presidente al margen de los resultados electorales, por la formación de gobiernos desligados totalmente de la composición y respaldo político del Parlamento, por el recurso abusivo de la legislación extraparlamentaria a través de decretos-ley, por la recurrente disolución del Parlamento, o por la concesión de “vacaciones forzosas” a la Cámara pues a cada reunión del Reichstag le sigue un dilatado aplazamiento de la vida parlamentaria. La inflexión autoritaria no se limita a la eliminación del parlamento sino que deja su impronta también en la política social –abolición del sistema de convenios colectivos, reducción de sueldos y salarios, recorte de las prestaciones sociales– y en las relaciones internacionales con la reivindicación del cese del pago de las reparaciones

La llamada restauración autoritaria se convierte en práctica común de la Europa centro-oriental de entreguerras. Sin embargo, en una sociedad tan modernizada y movilizadora políticamente como la alemana de estos años la suerte final de cualquier tentativa autoritaria dependía del éxito a la hora de encauzar en beneficio propio la radicalización y desafección de la población. Las sucesivas convocatorias electorales al Reichstag y a la Presidencia de la república en 1930 y 1932 reflejan, por el contrario, que la movilización popular se encamina por derroteros muy distintos de los previstos por los impulsores del viraje autoritario. El espectacular avance del nacionalsocialismo en detrimento, primero, de las tradicionales formaciones de la derecha antidemocrática (elecciones de 1930) y, más tarde, del conjunto de las formaciones políticas (elecciones de 1932) atrae a la mitad del electorado conservador y reduce a la mínima expresión el respaldo popular de los partidos liberales. El 30



de enero de 1933 Adolf Hitler se incorpora a la lista de cancilleres presidenciales que encabezara Heinrich Brüning y continuaran Franz von Papen y Kurt von Schleicher.

3) El proyecto de integración dictatorial: la Comunidad Nacionalsocialista (*Volksgemeinschaft*). Tras la fallida integración democrática de los años veinte y la inoperante tentativa autoritaria de los primeros años treinta, Alemania es escenario desde 1933 de una nueva experiencia: la movilización de la moderna sociedad de masas en torno a la Comunidad Nacionalsocialista. La legitimación de la dictadura nacionalsocialista depende de su doble capacidad para reprimir cualquier amenaza, interna o externa, y para construir consensos.

La integración de la sociedad alemana en la Comunidad Nacional –vertebrada según el principio racial– se fundamenta en una compleja trama de mecanismos de represión y de consenso, de coerción y adhesión social entusiasta; entre otros:

a) la actividad monopolística del partido nacionalsocialista y su presencia transversal en la sociedad a través de las organizaciones de masas. Partido único del Estado, depurado internamente y convertido más tarde en una organización de masas, la formación nacionalsocialista se rige por el *Führerprinzip* y cubre el Reich con la tupida red de una estructura administrativa centralizada y superpuesta a la organización estatal que cuadrícula el territorio desde el *Gau* o distrito de mayor envergadura hasta el *Block* o manzana de edificios de cada localidad. La omnipresencia del partido está garantizada además por la labor del conjunto de agrupaciones y movimientos subalternos que transmiten a las masas la voluntad del Führer y de los dirigentes del partido. Sea por obligación o por tratarse de una práctica social dominante, los ciudadanos alemanes terminan encuadrados en diversas organizaciones de género, edad, profesión o de cualquier otra naturaleza.

b) la invasión por la maquinaria propagandística de los espacios públicos y privados de sociabilidad, poder y comunicación. Instrumento principal de difusión de la ideología del régimen y de control social, la propaganda persigue el triple objetivo de la legitimación constante del sistema de dominación, la adhesión entusiasta –más allá de la simple aceptación– de todo el pueblo, y la sumisión de la Comunidad Nacional a las decisiones de los dirigentes. Un complejo entramado institucional extiende las redes de la propaganda por los sistemas de comunicación de masas (control del acceso y ejercicio de la profesión, monopolio de la noticia y de la interpretación, expansión del consorcio nacionalsocialista de información, etc.) de la misma manera que la instauración de un nuevo ciclo de festividades y la práctica del saludo hitleriano contribuyen a la socialización de la población desde que se levanta hasta que se acuesta.

c) la implacable represión de los enemigos de la Comunidad Nacional mediante la adecuación del derecho y de la justicia, la eficacia de la policía política y la complicidad de la población alemana a través de la denuncia. Complemento de la labor propagandística, la represión representa el combate sin tregua contra cualquier

amenaza de la Comunidad Nacional. La tarea de eliminación del enemigo requiere, en primer lugar, la supeditación del derecho y la abolición de la independencia del poder judicial (control del acceso a la abogacía y encuadramiento de los profesionales en la organización correspondiente); en segundo lugar, la centralización del aparato policial –sobre todo de la policía política–, baluarte del sistema de terror en cuanto responsable de la persecución del delito (acto cometido) y especialmente del combate y custodia preventivos de los enemigos del Estado (castigo de las tendencias del individuo, no de los actos cometidos); finalmente, la participación de la sociedad alemana en el control de las esferas públicas y privadas mediante la práctica delatora de compañeros de trabajo, vecinos, antiguos amigos o miembros de la misma familia. En conjunto, la Comunidad Nacional-socialista del Tercer Reich se transforma en una sociedad que se observa y vigila así misma.

d) la aparición de una nueva cultura alemana mediante la ruptura con el modelo democrático precedente y la exaltación de valores y mitos nacional-populistas. Bajo la supervisión de la oportuna organización monopolística –Cámara de Cultura del Reich– se asiste a un cambio radical de la creación y difusión culturales. Las autoridades condenan la degenerada e indeseable cultura de Weimar y tratan de desterrar cualquier manifestación de espíritu no alemán a través de la campaña contra “la porquería y la basura” (quema de libros, depuración de librerías y bibliotecas, listas negras de autores, purga de academias e instituciones, privación de ciudadanía, etc.). A continuación, la creación intelectual debe contribuir a la aceptación social del sistema mediante una cultura nacional y populista del gusto de las masas, cultivadora del espíritu de sacrificio, el heroísmo, los valores de “sangre y suelo”, etc.

e) la socialización de las jóvenes generaciones en la Weltanschauung nacional-socialista dentro y fuera de las aulas a través de la reforma integral del sistema educativo y la conversión de las Juventudes Hitlerianas en organización monopolística. La difusión del ideario nacionalsocialista en el universo de la enseñanza se efectúa por dos cauces principales. El primero, la transformación de las viejas estructuras educativas y su acomodación a las nuevas necesidades mediante la revisión de los libros de texto, la nueva orientación de los planes de enseñanza (primacía de las asignaturas más relevantes para la política estatal y racial), la reforma del sistema de selección del profesorado (asistencia a campos comunitarios y cursos intensivos de adoctrinamiento), el encuadramiento de alumnos y profesores en las correspondientes organizaciones del partido etc. El segundo, el desarrollo de un sistema educativo propio, reservado a la formación de elites y cuadros de dirección, con cuatro niveles de aprendizaje diferenciados según la edad, reclutamiento de los alumnos y finalidades de la capacitación. El doble proceso de transformación educativa se completa con la eliminación del pluralismo asociativo juvenil y la obligatoria incorporación a las Juventudes Hitlerianas de todos los jóvenes alemanes de 10 a 18 años.

f) la movilización de la población por la política racial antisemita, factor por excelencia de cohesión social. La política racial se concreta en la sistemática persecución judía, si bien su ritmo e intensidad están sujetos a los imperativos de la política interior y exterior. Durante los primeros años la política racial persigue la discriminación social de los judíos alemanes a través de medidas administrativas de exclusión, aislamiento y forzada emigración. La supervivencia social de este colectivo encuentra sus primeros límites en 1933 en la jornada de boicot contra los establecimientos judíos, la jubilación forzosa de los funcionarios de origen judío, la restricción del acceso a ciertas actividades productivas, la limitación del porcentaje de escolares y universitarios judíos, etc. La pérdida de los derechos cívicos se agrava en 1935 con la exclusión de la oficialidad y del servicio militar y, sobre todo, con las disposiciones de Nuremberg sobre la “ley de ciudadanía” y la “ley de protección de la sangre y el honor alemán”. El proceso de marginación social culmina en 1938 con la expulsión de los judíos de sus actividades económicas y las persecuciones masivas; el arresto y el confinamiento en campos de concentración son el prelude de la emigración forzosa. En adelante, la solución de la cuestión judía transformará la discriminación social en desaparición física y exterminio.

g) la integración de los trabajadores por el pleno empleo y de los empresarios por el mayor control obrero en el seno del Frente de Trabajo, símbolo de la cohesión social en el mercado laboral y del disfrute controlado del tiempo libre. La comunidad empresarial nacionalsocialista simboliza la cohesión social en el mercado laboral. Por un lado, la victoria en la guerra psicológica y económica contra el desempleo contribuye sobremanera a la integración de las clases trabajadoras. Gracias a las medidas administrativas que reducen artificialmente el desempleo al sustraer una parte de la población del mercado laboral (préstamos que incentivan el abandono del puesto de trabajo por las mujeres empleadas, inscripción obligatoria de los jóvenes de ambos sexos en el Servicio de Trabajo, reclutamiento de la juventud con la introducción del servicio militar obligatorio, etc.) y, sobre todo, a los programas intensivos en mano de obra en el sector de la construcción (obras públicas) y al gasto público en la industria pesada (rearme), las calles de Alemania se limpian de parados. Además de la victoria sobre el desempleo, la revalorización del trabajo manual, el aumento de las vacaciones pagadas, la concurrencia de obreros y patronos en campos de educación social, y la percepción de una mejoría en relación con el pasado inmediato prestigian el régimen y contribuyen a su legitimación social. Por otro lado, el Frente de Trabajo refuerza la posición del empresario. La sanción del Führerprinzip en las relaciones laborales, la abolición de los contratos colectivos y del arbitraje, del derecho de huelga y de la legislación sobre salarios y jornada laboral abonan el terreno para un incremento de la tasa de explotación del trabajo: se amplía la jornada laboral a discreción de la empresa, los salarios crecen por debajo del incremento de la renta nacional, la introducción de la cartilla de trabajo aumenta el control obrero, etc.

El Frente de Trabajo colabora también a la integración de la sociedad alemana mediante la diversificación y el control ideológico del tiempo libre a través de la organización “A la fuerza por la alegría”. Esta institución se propone socializar el patrimonio artístico y cultural de Alemania para lo cual elabora una extensa oferta de actividades recreativas, desde veladas de teatro, música y competiciones de tenis hasta excursiones dominicales y vacaciones organizadas, sin olvidar la fallida canalización del ahorro de cientos de miles de alemanes en la fallida adquisición del “coche KdF” (Volkswagen).

h) la política de revisión y trasgresión de Versalles encaminada a la conquista psicológica y material del espacio vital en la Europa oriental. Cada una de las iniciativas de la política exterior se celebra como una victoria de la Comunidad Nacional y contribuye a la consolidación del régimen en la medida en que resarce a la población de las humillaciones de posguerra y prepara el aparato productivo para la economía de guerra. La política de revisión del Tratado de Paz –que se concreta en el abandono de la Conferencia de Desarme, la salida de la Sociedad de Naciones o la reincorporación del Sarre a soberanía alemana tras el clamoroso triunfo en la consulta popular– pronto da paso a una política de trasgresión de Versalles con la creación del ejército del aire, el establecimiento del servicio militar obligatorio, la organización de la Wehrmacht, o la ocupación militar –“liberación”– de Renania. Una tras otra, las decisiones de la política exterior hallan un respaldo social abrumador en los plebiscitos convocados para la ocasión (el abandono de la Sociedad de Naciones es secundado por el 96.3 por ciento de los votantes, la ocupación de Renania por el 98.8 por ciento). Desde 1937, la política expansiva hacia el este, tras la oportuna reestructuración de los mandos militares y diplomáticos, reproducirá un esquema similar en Austria, Checoslovaquia y Polonia: la reivindicación del derecho de autodeterminación de la población alemana, la presión sobre las autoridades locales con el apoyo de movimientos internos, y la ocupación final del territorio. Se inicia así el gran desfile alemán que extendería el imperio desde el Atlántico hasta las puertas de Moscú.

\* \* \* \* \*

El balance de la dimensión política de la Depresión en Alemania es múltiple. Si se toma como referencia la conquista fundamental de la revolución de 1918-1919, es decir, el triunfo de la democracia parlamentaria en Alemania, la quiebra del orden republicano debe remontarse al año 1930 con el viraje autoritario del presidente Hindenburg. El presidencialismo transforma en papel mojado la conquista normativa republicana al perseguir la neutralización del Parlamento como instancia legitimadora de la acción política y como epicentro de la convivencia nacional.

A este respecto, el nombramiento de Hitler como canciller sólo representa la cuarta elección del presidente Hindenburg, un punto y seguido en la búsqueda de

soluciones extraparlamentarias a la crisis; por muy espectaculares que resulten en estos años el refrendo popular del movimiento nacionalsocialista en las urnas (12-13 millones de votos) y la poderosa irrupción del partido de Hitler en el Reichstag (un tercio de los escaños) conviene recordar que hacía tiempo el timón de la república alemana se había desvinculado de la legitimidad que otorgan las urnas y el Parlamento.

Si, de otro modo, se considera la suerte del enfrentamiento ideológico que desgarró la experiencia republicana desde la posguerra, el balance debe contemplar, por este orden,

1) el sensible deterioro de la legitimidad del sistema democrático por la ambigüedad e indefinición de la ideología de Weimar y por la sistemática labor de acoso y derribo que emprenden las alternativas antisistema nacionalista y comunista. La traslación de esta pérdida de legitimidad democrática a la correlación de fuerzas políticas y al conjunto de las manifestaciones de la vida republicana sanciona, respectivamente, el retroceso de los partidos democráticos en las instituciones representativas y el deficiente arraigo de la cultura democrática entre los ciudadanos;

2) la creciente audiencia en afiliación y respaldo electoral de la organización comunista entre las clases trabajadoras, decepcionadas por la impotente omnipresencia socialdemócrata y sometidas al rigor de la ofensiva empresarial en la fase de relativa prosperidad y a las lacras del desempleo durante la Depresión; y

3) el inequívoco protagonismo del discurso nacionalista antirrepublicano en los años veinte y su radical transformación durante la Depresión, a tenor del fulminante relevo de sus tradicionales portavoces por el movimiento nacionalsocialista. Bastarían pocas semanas para comprobar la singularidad del nuevo discurso nacionalista antidemocrático. Con el recurso a las facultades constitucionales del Presidente y del Parlamento la toma del poder por el nacionalsocialismo desarma desde dentro el sistema democrático republicano a través de un triple proceso de destrucción de los pilares constitucionales (de la democracia parlamentaria y del presidencialismo a la dictadura), abolición de las estructuras regionales y locales (del Estado federalista al Estado centralizado), y neutralización de las fuerzas de oposición política, social e intelectual (del pluralismo de intereses a la concepción monolítica del Estado).

En último término, la Depresión evidencia la problemática integración política de la sociedad de masas en Alemania. La experiencia de entreguerras se salda con los fracasos consecutivos de la democracia parlamentaria, el autoritarismo presidencial y la dictadura nacionalsocialista como fórmulas de cohesión social e integración política.